

CAPÍTULO XXIV

Tratos con Barbaroja.—Desastrosa jornada de Carlos V á Argel

1541

Silencio de los historiadores sobre este punto.—Documentos que nos informan de él.—Carta del capitán Alarcon á Barbaroja.—Entrevista de Alarcon y Barbaroja en Constantinopla.—Tratos para atraer á Barbaroja al servicio de Carlos V y condiciones que faltaban para venir á concierto.—Capítulos á que Barbaroja accedía.—Sentida carta del rey de Túnez al secretario de Carlos V, exponiéndole su situacion y pidiendo auxilio.—Ida y estancia oculta del capitán Vergara en Constantinopla.—Proposiciones de Barbaroja.—Cómo se desconcertaron los tratos.—El capitán Rincon.—Proyectos del sultan contra Túnez.—Determina Carlos V la conquista de Argel.—Razones que alegaba para justificar la expedicion.—Las de sus generales en contra de la empresa.—Resuélvese Carlos contra el dictamen de estos.—Grande ejército y armada.—Peligrosa navegacion.—Arrogancia del gobernador argelino.—Huracanes y borrascas.—Triste y calamitosa situacion de los imperiales á la vista de Argel.—Estragos grandes en la flota y en el campamento.—Valor y serenidad de Carlos V.—Desastrosa retirada.—Magnanimidad del emperador.—Reembárcase el ejército.—Nuevos infortunios.—Dispersion de la flota.—Regreso de Carlos á España.

Antes de referir la desventurada expedicion del emperador Carlos V á Argel, vamos á dar cuenta de un suceso, de que no hemos hallado noticia en historiador alguno, español ni extranjero, y cuyo conocimiento debemos á documentos inéditos y originales que han venido á nuestras manos, y que extrañámos hayan sido desconocidos hasta ahora.

Hablamos de los tratos que mediaron en este tiempo entre el emperador Carlos V y el famoso Barbaroja, para que éste, apartándose del servicio del sultan de Turquía, se viniese al del rey de España, trayendo consigo la mayor parte de la armada turca, bajo las condiciones que luego habremos de ver. En estos tratos, en que sin duda se proponía el emperador dejar quebrantado el poder del turco, una vez que lograra la defeccion de su almirante, intervenía el capitán Alonso de Alarcon, obrando de acuerdo con el almirante del imperio el príncipe Doria, y con el virey de Sicilia Fernando de Gonzaga. La siguiente carta de Alarcon á Barbaroja, fecha en Parga (ciudad de Turquía), á 21 de setiembre de 1538, nos informa ya bastante de la naturaleza de estas negociaciones y de las bases sobre que se fundaban. Decíale así:

«Muy poderoso señor.—Yo escribí á V. A. desde el Cabo de Santa María con Dragut Arraz, dándole aviso de mi llegada allí, y de cómo el príncipe Doria era venido con gruesa armada del emperador á Corfú..., y por procurar lo que al servicio de V. A. conviene, segun me lo tiene mandado, acordé de suspender mi viaje para España, y con un correo escribí al emperador mi llegada á Pulla, y como me quedaba por volver á esta armada á ver el estado en que estaba, y por hablar al dicho príncipe Doria y al visorey de Sicilia que aquí viene, y ver si con ellos se podría concluir ó tomar algun buen apuntamiento en los negocios de V. A., pues ambos juntos y cada uno por sí tienen comision y poder del emperador para entender en ellos como su propia persona, y llegué aquí á la Parga anoche, donde los he hallado, y holgaron con mi venida; y habiendo platicado largamente sobre cada cosa en particular, entiendo que estos dos señores serian muy contentos, y tienen deseo de ver el efecto de estas nuestras pláticas, porque tal persona como la de V. A. la querrian ver prosperada estando en devocion y buena amistad con el emperador, y particularmente cada uno le procuraria de hacer todos los placeres y servicios que fuese posible; pero estos señores me dicen que la principal cosa que les conviene hacer es procurar que la palabra y promision del emperador en manera ninguna se quebrante con amigos ni enemigos, por mal ni bien que pueda seguirse, porque S. M. ha tenido y tiene siempre por cosa muy principal el mantener su palabra, y no consentirá que *direte ni indirete* se quebrante, y que hablar en dar á V. A. el reino de Túnez por la órden que se ha platicado no se podría hacer, si primero V. A. no mostrase razones bastantes y suficientes para que todo el mundo vea y sepa como el

rey de Túnez le ha faltado á lo que le tiene capitulado y prometido; y que si el dicho rey hubiese faltado á su promesa, el emperador, en tal caso, no seria obligado á guardarlo ni á defenderlo en el dicho su reino, ni á darle ningun favor ni ayuda, y podrían libremente capitular con V. A. Pero pareceles á estos señores, que si V. A. se contentase de ir en Berbería y estar allí á la devocion del emperador, le podría dar luego á Bona, que la tiene en su mano, y le podría dar á Bujía, que es suya; pero porque aquel puerto es el mejor y mas importante de aquellas partes, dicen que V. A. habia de prometer de tenerlo limpio de corsarios y malhechores, y que para conquistar el reino de Bujía y todo lo que hay desde Bona hasta el reino de Tremecen, el emperador le daría á V. A. todo el favor que le demandare; y las cosas de bastimentos y mercaderías, y contratacion de sus reinos y vasallos serán comunes con los vuestros, y se tratarán como buenos amigos y aliados con toda seguridad, y S. M. holgará y tendrá por bueno todo el acrecentamiento de estado y de honra que V. A. tenga; y dicen que la plática de lo de Túnez podrá quedar para adelante, si no se halla manera y causa justa cómo el emperador, sin quebrantar su fe y palabra, pueda desamparar agora al rey de Túnez. Y en lo que toca á lo de Trípoli, dicen que aquella ciudad está en poder de la órden de los caballeros de San Juan de Rodas, á los cuales el emperador se la dió que la defendiesen y hiciesen allí su frontera, pero que muy bien podría V. A. tornarla á pedir al Gran Maestre, y creen estos señores que luego se la restituira, y desta manera el emperador la podrá dar á V. A.; y cualquier otra cosa que esté en manos del emperador ó que se pueda hacer buenamente en beneficio vuestro, estos señores holgarán que se platique en ello, y lo otorgarán y concederán con buena voluntad, contando que V. A. con brevedad se aparte de la gobernacion de esa armada, y se vaya con sus servidores y amigos á Argel, ó otra parte de Berbería, donde pacíficamente pueda estar, y les deje á ellos que se avernán con el resto de la armada del gran señor, que cierto, segun están poderosos estos príncipes de galeras y navas y gente, con razon parece que pueden emprender cualquier gran cosa, é yo les he dicho cuanto V. A. me mandó, y lo que yo sabia de cómo se pudieran haber hecho grandes daños en las tierras del emperador, y que V. A. lo ha suspendido esperando de venir á la conclusion de su amistad por no enojar á S. M., y que no haciéndose agora lo que pide podrá hacer V. A. tal tratamiento en sus tierras de los reinos de Nápoles y Sicilia, y aun de España, que todo el mundo conocerá que V. A. no tenia gana hasta aquí de enojar á S. M. ni de servirle, y estos señores príncipe Doria y visorey de Sicilia me dicen que bien creen que V. A. pudiera haber hecho mas daño en tierras del emperador, porque por muchas partes estaban sus capitanes y ejércitos ocupados en las guerras contra el rey de Francia. Pero agora ya tienen hecha tregua por diez años, en los cuales no podrá haber guerra entre ellos, ni el uno podrá ser contra el otro; antes, despues de concertada la tregua, el emperador y el rey se han visto y hablado en Aguas Muertas. De manera, que el poder del emperador, que es tan grande como á todos es notorio, no se empleará sino en fortificar y defender bien sus reinos y tierras, y aun segun sus altos pensamientos, no dejará que sus enemigos le vayan á buscar, antes saldrá ó mandará tener siempre fuera su gruesa armada para ofender sus contrarios: y sobre cada cosa destas habemos dicho y platicado muy larga y particularmente todo lo que se podía y debia decir... Y en caso que V. A. no sea contento con esto, yo me partiré luego en viendo su respuesta para el señor emperador, etc. De la Parga, sábado XXI dias de setiembre 1538 (1).»

(1) Archivo general de Simancas, Estado, Legajo 1459.—El único historiador de los que hemos visto que parece columbró debia haber algunas inteligencias secretas con Barbaroja, es el italiano Gregorio Leti, que al observar que publicada la liga contra el turco se habian separado el príncipe Doria y Barbaroja casi sin ofenderse, dice sospecharon los mas suspicaces si entre Doria y Barbaroja habria alguna inteligencia secreta, lo que á su entender penetraron los venecianos, y fué la causa de apartarse de la liga y confederarse con el turco. *Onde molti si diedero á formar forti argomenti, credendo i più speculativi per fermo che tra il Doria*

Conocese que Barbaroja quiso tratar personal y verbalmente todas estas cosas con el intermediario del monarca español, puesto que el mismo Alarcon, en carta al emperador Carlos V, fecha 25 de setiembre, le da cuenta de la entrevista que tuvo con Barbaroja en la misma ciudad de Constantinopla, y de las propuestas, contestaciones y réplicas que entre los dos mediaron acerca de las condiciones de la negociacion. En esta entrevista supo Alarcon originalmente de boca de Barbaroja todo lo que habia mediado entre el sultan y el rey de Francia, los auxilios que este habia pedido, y los que aquel le habia dado (1).

Estaba la principal dificultad para llegar á un concierto definitivo, en que, por una parte, Barbaroja queria ser repuesto por el emperador en posesion del reino de Túnez, y Carlos V y sus generales exigían de Barbaroja, que además de las galeras con que él hubiera de venir quemara la mayor parte de las del turco. Esto último parecia esquivarlo el infiel, pues no lo comprendia en los capitulos del convenio, lo cual hacia concebir sospechas y recelos de que no obrara de buena fe en estos tratos el antiguo corsario argelino (2). Por su parte, el emperador y el regente de España vacilaban mucho en lo de volver á despojar á Muley Hacen del reino de Túnez en que Carlos le habia puesto, para dársele otra vez á Barbaroja, cuando parece que aquel no habia dado motivo fundado de queja para tan violento despojo: bien que por otro lado, calculaban que tal vez seria mas útil y aun decoroso darle el reino de Túnez que Oran, Bujía y Trípoli, plazas ganadas por los abuelos del emperador; mucho mas, cuando lo que ahora no le cediesen por voluntad lo podría él tomar por la fuerza.

Los capítulos á que accedia Barbaroja para confederarse con el emperador y venir á su servicio eran los siguientes:

«Que será amigo de amigo y enemigo de enemigo.

«Que se vendrá á servicio de S. M., con 55 ó 60 galeras.

«Que enviará su hijo á España para que esté con S. M.

«Que desarmará las galeras todas, y hará los arraecces alcaides y limpiará la mar de corsarios.

«Que si S. M. hiciere la guerra al turco, que le ayudará con todas sus fuerzas, y á donde quiera que fuesen nuestras galeras irán las suyas, si S. M. quisiere.

«Que será la contratacion libre entre los vasallos de S. M. y la Berbería, sin diferencia alguna, como si todos fuesen de una ley....

«Que si S. M., por algunos respectos hiciere la guerra á venecianos, que le ayudara con todas sus fuerzas á tomar á Venecia, y á todo lo demás que S. M. quisiere.

«Que si el rey de Francia hiciere la guerra á S. M., que le

e Barbarossa vi passase qualche intelligenza segreta, per meglio conservarsi senza perdita l'uno nella gratia di Solimano, l'altro di Cesare, cosa que penetrata poi da Venetiani si ritirarono dalla Lega e si accomodarono col turco.—Pero estubo muy lejos el historiador italiano de penetrar los verdaderos tratos que mediaban.

(1) Copia de carta autógrafa de Alonso de Alarcon á la S. C. C. M. de Carlos V, dándole cuenta de su entrevista con Barbaroja. Archivo de Simancas, Estado, Legajo 1459.

(2) «En lo que Alarcon y los otros (decia el gobernador de España, arzobispo de Toledo, en carta al emperador) habian ofrescido de parte de Barbaroja, siempre se decia, que cuando él se hubiese de apartar del servicio del turco y venir al de V. M., habia de quemar y echar á fondo las mas galeras y navíos que pudiese de las del armada del turco, y él venirse con la otra parte, que habia de ser la mayor, para que se viese que él traia verdad en este negocio: agora en estos capitulos no hace ninguna mencion desto, sino solamente de venir con cincuenta y cinco ó sesenta galeras, y segund este tracto ha andado y anda público no se puede dejar de sospechar que viniendo desta manera no fuese con sabiduría y concierto del turco, cuanto mas, que aunque él salga, etc.»—Archivo de Simancas, Estado, Leg. núm. 49.

«En lo de Barbaroja (decia él mismo en carta á Fernando de Gonzaga, virey de Sicilia) paréscenos, que teniendo seguridad que él no anda doblado en este negocio, y que cumpliria lo que ofresce, que seria una cosa muy á propósito á los negocios de S. M., pero todos estamos muy dudosos y con pensamiento que el tracto es doble, por haber sido y ser una cosa pública, y haber hablado Barbaroja con Alarcon y con otros en presencia de turcos, que hace creer que lo que trata es con sabiduría de su amo, etc.»

ayudará á tomar á Marsella, y á tomar todo el reino si S. M. quisiere (3).»

Estas negociaciones se continuaron los años 1539 y 40, no obstante la invasion de las costas de Italia por el turco, y el ataque y toma desastrosa de Castelnuovo de que hemos dado cuenta en otro capítulo. Y entre tanto, ignorante de todo lo que pasaba el rey de Túnez, seguía cifrando toda su esperanza en el emperador, y en carta á su secretario Francisco de los Cobos se lamentaba de su situacion de la manera siguiente:

«Alabanza á Dios solo.—Del siervo de Dios en cuya confianza pone todas sus cosas públicas y privadas, el rey de los moros Mohamad Al Hacen, rey de Túnez, á quien Dios haga victorioso; al secretario grande entre los de su generacion, y honrado y nombrado entre los de su ley, Cobos, el comendador mayor, á quien Dios Altísimo honre: Hacemos saber, que estamos con el amor y amistad que sabeis os tenemos: siempre procuramos saber nuevas de vos; muchas veces habemos escrito al emperador y á vos, haciéndoos saber la aventura en que estamos y lo que padecemos, por habernos tomado todas nuestras ciudades, que no nos queda sino solamente la ciudad de Túnez, y que los turcos han tomado y poseen todas las ciudades de la costa, de las cuales salen los corsarios y van á vuestras ciudades, y nos han ocupado á nosotros y á vosotros, de lo cual sereis avisado por el capitán Francisco; y pues tenéis allá armada que gana sueldo sin trabajar (y Dios os encamine á ello), enviádnosla para que nos libre de estos turcos, y será utilidad vuestra, porque en esa corte del emperador otro de quien nos ayudar sino de vos no tenemos. Una carta os darán con esta para el emperador, por la cual le avisamos de la estrechura en que estamos. Queremos de vos tengais de ello cuidado, y que aconsejéis como seamos librados, etc.... Fecha á 20 dias de la luna de Moharram, año de 946 (1539). Dios nos haga partícipes de sus bienes.—Al secretario grande entre los de su generacion.... etc. (4).»

A esta sentida reclamacion del soberano túneino favoreció, como veremos luego, el rumbo que fueron tomando los tratos entre el emperador y Barbaroja. A principios de 1540 llegó de incógnito á Constantinopla el capitán Juan de Vergara, enviado por el virey de Sicilia, á proseguir la negociacion con el príncipe mahometano. Tuvo este escondido al capitán español dentro de una cámara por espacio de tres semanas. Barbaroja se mostró muy dispuesto y hasta deseoso de concluir y efectuar el concierto, y se alegró mucho de que el emperador y la corte de España manifestasen la misma buena voluntad. Se quejó de haberse dado á este asunto mas publicidad de la que convenia, lo cual habia suscitado ya sospechas en el sultan, y obligádole á él á justificarse mañosamente con el Gran Señor. El plan que proponia para poder verificar disimuladamente y sin riesgo su defeccion era, que el emperador enviara su armada á Levante, y combatiera á Lepanto, cuya plaza podia ser fácilmente entrada, decia, por cierta parte débil del muro que él señalaba; que aunque pudiese socorrerla no saldria hasta saber que habia sido tomada; que el mismo sultan le mandaria salir al encuentro de la armada española, y entonces era la ocasion de incorporarse á ella. Prometia Barbaroja hacer que personas particulares de su confianza compraran los capitanes españoles cautivos en Castelnuovo para devolverles su libertad, y por último, para que el capitán Vergara saliera seguro de Constantinopla, le incorporó entre unos cautivos cristianos que acababan de obtener su rescate, como si fuese uno de ellos (5).

Parece, pues, que los tratos se iban arreglando, accediendo ya Carlos V á ceder los reinos de Túnez y de Argel, y que Barbaroja estaba en cumplir la parte á que él se comprometia. Pero hubo la fatalidad de que se informase de todo un

(3) Archivo de Simancas, Estado, Leg. núm. 49.—Este documento está firmado por don Fernando de Gonzaga, y debajo tiene un sello sobre cera encarnada.

(4) Archivo de Simancas, Negociado de mar y tierra, Leg. núm. 14.

(5) Relacion de lo que el capitán Juan de Vergara pasó con Barbaroja en Constantinopla desde el 13 de febrero hasta 7 de marzo que salió de ella.—Archivo de Simancas, Estado, Leg. 468.

capitan de Castilla llamado Antonio Rincon, hombre de mala especie, que andaba siempre en negocios con el turco y solía residir en Constantinopla. Este, sin duda, avisó de todo lo que pasaba al sultan, y debió ser la causa de que se frustraran las negociaciones, segun se deduce de su carácter, de los antecedentes de su vida, de las sospechas ó temores que ya se tenían de ello en la corte de España (1), y del trágico fin que mas adelante tuvo, pues murió, como despues veremos, asesinado por los imperiales en el Tesino, en ocasion de llevar una embajada del rey de Francia al gran turco Soliman (2). Es lo cierto, que los tratos se desconcertaron, y que el sultan, sabedor sin duda de lo que se proyectaba en Túnez, formó la determinacion de ir sobre aquel reino que queria destinar para su hijo segundo (3). Esto, y el haber casado entonces Barbaroja su hijo en Constantinopla, prueba que los tratos se deshicieron de todo punto, lo cual vino bien al rey de Túnez, segun antes indicamos, porque ya el emperador, el cardenal regente de España, el príncipe Doria y todos los que mas influían en los negocios públicos, no pensaron sino en proteger y defender á Túnez y en enviar naves con cuerpos de infantería á las plazas y puertos de la costa de Africa (4).

Tal fué el término que resulta haber tenido las gestiones del emperador Carlos V para apartar al terrible y poderoso Barbaroja del servicio de la Puerta Otomana y atraerle al suyo, y que ciertamente, si hubieran alcanzado el éxito que Carlos se proponía, hubieran quebrantado el poder del Gran Turco, quedando el emperador desembarazado para guerrear y abtir al francés, y para atender á las cosas de Hungría y del imperio, para todo lo cual era siempre un estorbo la intervencion poderosa de un enemigo tan fuerte como el sultan. Que obraba el emperador como hábil político en esta negociacion, es innegable, como lo es la conveniencia que le hubiera resultado de poderla llevar á feliz término. ¿Podrá hacerse un cargo de haber intentado ganar á su servicio á un terrible enemigo de la religion cristiana para combatir despues con su auxilio á estados y señoríos cristianos como Francia y como Venecia? Cuando el francés y venecianos habian escandalizado antes á la cristiandad, aliándose con el sultan y Barbaroja y pidiendo la ayuda y atrayendo el poder de las armas mahometanas contra los Estados del monarca católico, por lo menos aquellos príncipes no tenían derecho á inculpar al emperador de que empleara los medios que la política del tiempo sugeria para desmembrar y dividir cuanto

(1) «Hame parecido mal (decía el comendador Cobos en carta al emperador de 8 de julio de 1540) saber Rincon tan particularmente de lo del trato de Barbaroja y de la ida del capitan Vergara, porque él basta para dar al turco el aviso que ha menester. V. M. verá lo que mas cumple á su servicio.»

(2) Era este Rincon natural de Medina del Campo, tal vez pariente del licenciado Rincon, uno de los ajusticiados por la causa de las comunidades. ¿Podrá explicarse la conducta de este hombre por resentimiento que guardara al emperador, y por deseo de vengar los rigores de Carlos V con sus amigos y parientes? Discurremos así, porque nada hablan de esto los historiadores.

(3) Con fecha 18 de setiembre decia desde Túnez Francisco de Tobar al comendador Cobos: «Agora ha llegado el capitan Vergara de Constantinopla sobre los tratos que Vuestra Señoría sabe están ya desconcertados. Dice este capitan Vergara que oyó en casa de Barbaroja que estaban determinados de venir sobre Túnez, y querian este reino para el hijo segundo del Turco.»—Archivo de Simancas, Estado, Leg. 468.—Acaso Vergara habia ido segunda vez á Constantinopla.

(4) Carta descifrada del cardenal de Toledo al emperador, de Madrid á 11 de octubre de 1540.—Archivo de Simancas, Estado, Leg. núm. 50.

En el tomo I de la Colección de Documentos inéditos se hallan además los siguientes sobre estos tratos: Carta de creencia dada por Carlos V al príncipe Doria y á Gonzaga para que pudieran tratar con Barbaroja en nombre de S. M. De Gante, á 3 de marzo de 1540.—Carta del emperador á don Francisco de Tobar, alcaide de la Goleta, para que haga en todo lo que aquellos le mandaren. De igual fecha.—Carta del mismo á Barbaroja dándole aviso de esto. Idem.—Salvoconducto de Doria y Gonzaga á las personas que cerca de ellos enviase Barbaroja. De Génova, 10 de abril.—Instruccion de Doria y Gonzaga á Juan Gallego, sobre lo que habia de tratar con Barbaroja, fecha id. Por este documento se ve que Carlos V accedia ya á dar á Barbaroja el reino de Túnez y la confirmacion del de Argel, pero á condicion de que él hubiera de desbaratar el resto de la armada del turco.

pudiera el poder bastardo que ellos mismos habian invocado y de que se habian valido para intentar su destruccion, y de que en defensa propia trabajara por volver contra ellos sus mismas armas.

Menos político se mostró Carlos V en el empeño que, frustrados aquellos tratos y pujante como quedaba el turco, formó de llevar adelante su antiguo proyecto de conquistar á Argel.

Contra el parecer y consejo de sus mejores generales habia hecho Carlos V en 1536 su campaña de Francia, y tuvo tan desgraciado éxito como hemos visto. Contra el parecer y consejo de sus mejores generales determinó Carlos V y ejecutó en 1541 su expedicion á Argel, y el éxito fué tan desastroso como veremos.

Las razones que en favor de esta resolucion alegaba el César nos parecen harto débiles al lado de las que en contra de ella le exponian el marqués del Vasto y Andrea Doria. Que tenia ya, decia el emperador, equipada una flota en España y en Italia que podia reunir para esta empresa; que la mayor parte de los gastos estaban hechos, y un solo esfuerzo bastaria para acabarla antes que el monarca francés tuviera tiempo para invadir sus Estados; que para atacar al turco en Hungría necesitaria invertir grandes sumas, que no permitia su tesoro, para la traslacion de tropas, artillería y municiones de España á Italia, y por último que urgía asegurar las costas italianas y españolas continuamente alarmadas y molestadas por las invasiones y acometidas de los piratas argelinos. En contra de estas razones hacíanle presente los que desaprobaban la expedicion, que la Lombardía quedaba expuesta á una invasion del rey de Francia que se miraba como inminente; que desde Italia estaba en aptitud de acudir al francés ó al turco, á donde mas conviniere; que abandonar la Italia por ir á Argel equivalia á dejar el reino de su hermano y aun los Estados mismos del imperio en manos del sultan, é ir á buscar lejanos enemigos cuando le amenazaban otros tan de cerca; á lo cual añadia el entendido marino Andrés Doria la grandísima consideracion de los riesgos á que iba á exponer la armada en las peligrosas costas de África en la estacion mas borrascosa del año.

Á nada de esto atendió el emperador, y firme en su antiguo capricho de no dejar de dominar en Argel, ya que no habia enseñoreado á Túnez, despidióse del papa en Luca, «cargado de bendiciones y no de dineros,» como dice un respetable prelado é historiador español, é hizose á la vela en las galeras de Andrés Doria con rumbo á las Baleares. Los pronósticos del marino genovés comenzaron á cumplirse antes de lo que él mismo habia pensado. Levantáronse contrarios vientos y tan fuertes que con mucho peligro y no pocos esfuerzos lograron abordar á Córcega, y de allí á Cerdeña. Á fuerza tambien de brazos y á costa del sudor de los remeros consiguieron arribar á Mahon, de donde pasaron á Mallorca, punto de reunion de la armada. Esperábalos aquí el virey de Sicilia Fernando de Gonzaga con seis mil españoles, soldados viejos de Italia, y cuatrocientos caballos ligeros, con ciento cincuenta naves. Unidos á estos sobre seis mil alemanes y cinco mil italianos con su correspondiente caballería y artillería, componíase la expedicion de cerca de veinte mil infantes, dos mil caballos y mas de doscientas naves, de ellas cincuenta galeras, pequeñas las demás, y por general de la armada iba, como de costumbre, el ilustre genovés Andrés Doria. Tambien en España se armó otra flota, principalmente de naves de Vizcaya y urcas de Flandes, con abundancia de bastimentos y buena artillería, la cual llevaba poca, pero muy lucida gente, la mayor parte voluntarios sin sueldo. En ella se habia alistado la principal nobleza de Castilla, el duque de Alba, don Fernando Alvarez de Toledo, que la habia de mandar en jefe, el duque de Sessa, don Gonzalo Fernandez de Córdoba, el conde de Feria, el marqués de Cuellar, el conde de Luna, el de Alcaudete, el de Chinchon, el de Oñate, y otros muchos grandes, títulos, nobles y caballeros. Por fortuna suya, como hemos de ver, esta flota no llegó á incorporarse en Mallorca con la grande armada imperial, ni pudo acompañar al emperador.

La navegacion á la costa de África no fué pesada, aunque

si peligrosa, mas la arribada á la playa de Argel fué tan contrariada de los vientos que hubo necesidad de pasar algunas noches en las galeras á dos ó tres leguas de la ciudad. Amanzados los vientos y las olas, mandó el emperador desembarcar los arcabuceros españoles con vianda para dos ó tres dias. Iban todas las galeras llevadas á remo con vistosas banderas, y el emperador de pié en la popa de la suya, con estandartes llenos de cruces, y en el mayor y principal bordado un crucifijo (13 de octubre). Poca resistencia hallaron los españoles de parte de los moros africanos que andaban por la costa, hasta acercarse á Argel. El emperador, que iba delante, hizo intimar luego y en términos fuertes y amenazadores la rendicion de la ciudad á Hacén Agá, que la gobernaba desde que Barbaroja habia obtenido el empleo de almirante del Gran Turco. Era este Hacén Agá un eunuco renegado, que de corsario se habia elevado á la alta posicion de virey, y que en sus piraterías y depredaciones habia excedido en actividad y fiera al mismo Barbaroja. Hombre de corazon el soberbio renegado, aunque no contaba para su defensa sino con ochocientos turcos y unos cinco mil moros africanos y granadinos, contestó con altivez al emperador, que si llevaba muchas naves y muchos soldados, él los tenia tambien muy buenos y en lugar fuerte, y contaba con una mar brava; y que en todo caso moriria á manos de tan excelente emperador, pero que no olvidara cómo ten habia ido en aquellos sitios á otros capitanes españoles tan famosos como Diego de Vera y Hugo de Mondaca.

Oida tan arrogante respuesta, procedió el emperador á cercar la ciudad, colocando convenientemente sus tropas y baterías, bien persuadido de que por muchos defensores que dentro hubiese, no era posible que resistiesen mucho tiempo á las combinadas operaciones y ataques de las naves y de la gente de tierra. Carlos no esperaba tener mas adversarios que los moros; no pensaba que habia de tener por enemigos á los elementos, que lo fueron muy terribles y muy en breve. Apenas el ejército habia tomado posiciones, cuando un recio y furioso vendaval, acompañado de lluvia y de granizo, y de una oscuridad espantosa, deshizo las pocas tiendas de los imperiales, que desprovistos de abrigo y colocados en terreno bajo y fangoso, ni podian moverse sin hundirse, ni recostarse en un suelo ya inundado, ni casi tenerse de pié sino apoyados en sus lanzas clavadas en la tierra. Así pasaron toda una tarde y una noche. No desaprovechó Hacén Agá tan favorables momentos, y saliendo con su gente descansada y bien mantenida, arremetió y deshizo unas compañías de italianos que estaban mas cerca de la ciudad, ateridos y casi yertos de frio. Acudió á detener á los moros el mismo general Fernando de Gonzaga, y empeñáronse serios combates, en que todas las ventajas estaban de parte de los argelinos, que se hallaban al abrigo y holgados, todas las desventajas del lado de los imperiales, cansados y hambrientos, y hasta inutilizados sus mosquetes con la lluvia. Andaba el emperador á caballo con la espada desnuda, animando á unos, afrentando á otros y arengando á todos, empapado en agua y aun corriéndole por todas las partes de su cuerpo, hasta que al fin logró ahuyentar la morisma, no sin haber perdido algunos centenares de los suyos, entre ellos buen número de caballeros de Malta.

Y sin embargo, esta no fué sino el preludio de otra mayor y mas lastimosa catástrofe. Mensajera de ello fué una terrible agitacion que se observó en el mar; desatóse luego un furioso nordeste que quebraba los cables y arrancaba las áncoras de las naves, y las hacia chocar reciamente unas con otras, y abrirse algunas de ellas, y destrozarse otras contra los peñascos, y volcarse algunas, sumiéndose en las olas hombres y viandas, y cayendo los que lograban ganar la orilla en poder de los alárabes. El emperador, que era el menos aturdido de todos, dicen que preguntó á los marineros qué hora era, y como le respondiesen que las once y media, les dijo: *Pues no desmayéis, que en España se levantan á las doce los frailes y monjas á rogar á Dios por nosotros* (1). La fe del César era muy laudable; pero las preces de los frailes y

monjas de España no alcanzaron á evitar que se perdieran quince navíos mayores, y hasta ciento cincuenta menores, con una buena parte de la tripulacion y casi todos los bastimentos. El pronóstico de Andrés Doria se habia cumplido con demasiada y harto dolorosa exactitud: el célebre marino aseguraba no haber atravesado tan horrorosa tormenta en cincuenta años de andar por los mares, y gracias que él pudo con algunos medio destrozados buques ganar el cabo de Metafuz, aunque harto distante del campamento, y desde allí envió una galera á dar aviso al emperador, aconsejándole que marchase allá con el ejército lo mas presto que pudiese para reembarcarle si no habia de acabarse de perder.

La situacion no dejaba tampoco otro partido que tomar. Parecia amenazar otra tormenta, y la gente que habia quedado se hallaba sin fuerzas ni vigor para sufrir ni mas borrascas ni mas fatigas. El emperador, paseando en medio de algunos de sus desalentados y desfallecidos caballeros, no contestó al aviso sino con las palabras: *Fiat voluntas tua*; con que manifestaba conformarse á un tiempo con la voluntad de Dios y con el consejo del almirante Doria. Dió luego orden de alzar aquel funesto campo y marchar. Con alegre y feroz sonrisa vieron los argelinos el movimiento de retirada, y no dejaron de salir á picar la retaguardia de los cristianos, á quienes molestaban tambien los moros montañeses desde los cerros en toda aquella marcha penosa, que penosísima fué, puesto que muchos de los enfermos y heridos caian sin aliento en los barrancos; otros que apenas podian sostener el peso de las armas y quedaban rezagados, eran alanceados por los alárabes, y todos sin otro alimento que las yerbas que encontraban, y los caballos que el emperador mandaba matar, y algunos galápagos y caracoles, solo los mas robustos podian soportarlo; y para que no faltase nada á tanta penalidad, aun tuvieron que atravesar un rio con el agua hasta el pecho. Lo único que infundia aliento á todos era la serenidad, la presencia de ánimo, la magnanimidad con que el emperador sufría todos los trabajos é infortunios como el último de sus soldados, comiendo lo mismo que ellos, acudiendo á todos los peligros, ayudando y consolando á los mas débiles, y no dando una sola señal de flaqueza. Con tan heroico comportamiento consiguió que los mismos generales que se habian opuesto á la expedicion le perdonaran las desgracias que su obstinacion habia acarreado.

Al fin, despues de imponderables trabajos llegaron con bonancible tiempo al cabo de Metafuz, donde para su consuelo y fortuna hallaron abundancia de víveres, que se conservaban en las naves que Doria habia podido salvar, y repusieron sus gastadas fuerzas y recobraron su perdida alegría. Este cambio hizo ya dudar si convendria reembarcarse para Europa, ó seria mejor volver sobre Argel: á esto último, que parecia tan temerario, se inclinaban no obstante muchos, especialmente los españoles, los mas fáciles en olvidar los trabajos, así por parecerles cosa vergonzosa retirarse sin poder contar mas que desastres, como porque creían que aun podia conquistarse Argel tomando precauciones que antes no se habian tenido. De este dictámen era el ilustre Hernan Cortés, famoso ya por sus hazañas en el Nuevo Mundo, y el cual se halló en esta jornada sin que de su persona, por miserables envidias, se hiciese caso, y menos se le diese parte en los consejos; y tanto que como despues de pasada la tormenta propusiese que se le dejara con la gente que allí habia, y que se obligaba á ganar con ella á Argel, los unos no quisieron escucharle, y los otros hasta se burlaron: ¡se burlaban del atrevido conquistador de Méjico (2)! Decidióse pues el emperador por el reembarque, y como las naves eran pocas y la gente mucha, hubo necesidad de arrojar al mar los caballos para hacer lugar á los hombres, cosa que dió á todos gran lástima, y especialmente á los dueños de aquellos, con quienes tuvo el emperador que usar de toda su autoridad. Embarcaráronse, pues, primero los italianos, los alemanes luego, y los últimos los

(2) Dice Sandoval, hablando de esto, que quien mas perdió en la expedicion, despues del emperador, fué Hernan Cortés, marqués del Valle, «porque se le cayeron en un cenagal tres esmeraldas riquísimas, que se apreciaban en 100.000 ducados, y nunca se pudieron hallar.»

(1) Sandoval, Hist. de Carlos V, lib. XXV, núm. 14.

españoles, siendo el emperador de los postreros á dejar la playa.

No habian acabado los trabajos de esta expedicion desastrosa. Apenas la tierra habia quedado limpia de hombres, cuando se cubrió otra vez la atmósfera y se levantó otra borrasca, que aunque no tan horrorosa como la primera, bastó para dispersar toda la flota, llevando á Bujía ó á Italia los buques que debian venir á España, arrojando á otros á Oran, algunos á Argel, naufragando otros en los torbellinos antes de poder salir á alta mar, habiendo nave en que iban cuatrocientos tudeseos, que anduvo perdida cincuenta dias, pereciendo al fin de hambre y de frio cuando tomaron puerto los que en ella navegaban. El emperador mismo, despues de correr graves riesgos, fué á abordar á Bujía, y allí permaneció hasta que serenado el tiempo, y habiéndose levantado un viento sudoeste, despachó á Sicilia y España á Fernando de Gonzaga y al conde de Oñate con las pocas naves que allí habia de cada país, y él tomó rumbo á Mallorca, y de allí á Cartagena (diciembre, 1541), donde fué recibido por los españoles con la alegría de quien recelaba ya que no volviese, segun las funestas y alarmantes nuevas que habian corrido.

Tal fué la desgraciada y calamitosa jornada de Argel, emprendida por Carlos V contra el consejo de sus generales: suceso que, como dice un antiguo historiador, «dió que contar para los siglos venideros, y causó grandes y muchas romerías, devociones y votos.» Bien expió su temerario antojo, y bien debió aprender á no confiar en la fortuna, que así le habia sonreido en Túnez como se le mostró ceñuda en Argel: gran lección para los príncipes que, fiados en su poder ó en su suerte, dan entrada en su pecho á la presuncion y á la arrogancia. Grandes y muchas fueron las pérdidas, muchas y grandes tambien las calamidades é infortunios que causó esta malhadada expedicion; y sin embargo, aun se habian temido mayores en España y en los dominios del imperio, donde la distancia los hacia llegar abultados, como de ordinario acontecía con las malas nuevas. Todavía miró España como un consuelo el regreso del hombre que sacrificaba sus hijos, ya en prósperas, ya en desafortunadas empresas, así para ganar triunfos como para sufrir reveses (1).

CAPÍTULO XXV

Guerra general con Francisco I

DE 1541 Á 1545

Motivo en que fundó el de Francia la guerra.—El asesinato de Rincon y de Fregoso.—Busca aliados contra el emperador.—Levanta cinco ejércitos.—Plan de ataque general.—Sus resultados en el Piamonte, en Flandes, en las fronteras de España.—Alianza del francés con el turco; del emperador con el rey de Inglaterra.—Marcha de Carlos á Italia y Alemania.—Extraña propuesta del pontífice: recházala Carlos.—Conquista el ducado de Güeldres.—El duque de Orleans en Luxemburgo.—Célebre sitio de Landrecy.—El sultan en Hungría: Barbaroja en Francia.—Carlos V en la Dieta de Spira.—Ejército auxiliar de los protestantes.—Retirada de Barbaroja, y aislamiento del francés.—Terrible derrota de los imperiales en *Cerisoles*.—Entrada de Carlos V y de Enrique VIII de Inglaterra en Francia.—Progresos del emperador.—Se aproxima á París.—Temores en aquella capital.—Situacion del rey Francisco.—Tratos de paz.—Capítulos generales de la paz de Crespy.—Retirada del emperador y su ejército.—Muerte de Barbaroja.—Carlos V en Bruselas.

Desde el viaje engañosamente amistoso de Carlos V por Francia, y mucho mas desde la desenmascarada respuesta que dió á los embajadores del rey Francisco en Gante sobre el asunto de Milan, nadie dudaba ya de que las mentidas demostraciones de cordialidad y confianza entre aquellos dos soberanos pararian en mas cruda guerra que las que hasta entonces habian tenido, y para ello no le faltaba ahora razon

(1) Nicol. Vilagn. Caroli V, expeditio ad Argyriam.—Sandoval, Historia del emperador, lib. XXV.—Paolo Giov., lib. XL.—Vera y Zúñiga, Vida de Carlos V.—Carta del comendador Bañuelos sobre lo ocurrido en la expedicion de Argel: MS. de la Biblioteca del Escorial, estante ij.—V.—4.—Carta del emperador al cardenal Tavera: MS. de la Biblioteca del Escorial, ij.—V.—3, y en la Coleccion de documentos inéditos, tom. I.

al monarca francés. Mas no le era decente fundarla en la falsía del emperador sobre el negocio del Milanésado, si no habia de patentizar él mismo su necia credulidad á los ojos de Europa. Necesitaba, pues, otro fundamento, y este no tardó en presentársele.

Uno de los mas eficaces servidores de Francisco I y de los mas activos enemigos de Carlos V era un tráfuga español llamado Antonio Rincon, que suponemos era el mismo de que hemos hablado en el capítulo precedente, y de quien se recelaba en 1540 habia de dar aviso al sultan de Turquía de los tratos entre Carlos V y Barbaroja. Era el Rincon hombre hábil para los negocios, y solia tenerle el monarca francés empleado en Constantinopla cerca del sultan, cuya gracia habia logrado captarse el castellano. Interesado otra vez Francisco I en renovar su antigua alianza con el turco, y conviniendo á los dos hacer entrar en sus miras y proyectos contra la casa de Austria á la república de Venecia, con la cual acababa Soliman de ajustar paces, despachó á Rincon con pliegos para aquella señoría, invitándola á hacer causa comun contra el emperador, y haciendo á su senado ventajosos ofrecimientos. Habia de incorporarse Rincon en el camino con César Fregoso, otro tráfuga genovés, tambien de la confianza del rey Francisco. Hizolo así el español, y los dos enviados se embarcaron en el Tesino para hacer con mas comodidad el resto del viaje á Venecia. En el momento se vieron asaltados y embestidos por unos enmascarados que en otras barcas los aguardaban, y que arremetiéndolos bruscamente cosieron á puñaladas á los dos embajadores, mas no pudieron apoderarse de sus papeles, porque habian tenido la prevision de enviarlos por delante al representante de Francia en Venecia (mayo, 1541).

Aunque no fueron conocidos los enmascarados, túvose por cierto que eran gente apostada por el marqués del Vasto que gobernaba á Milan, y que tenia noticia de la mision que llevaban los dos tráfugas confidentes del francés y del turco. Tan agriamente como era de esperar se quejó el rey Francisco al emperador, pidiéndole satisfacciones del escandaloso y criminal asesinato cometido durante una tregua y en dos personas revestidas del carácter sagrado de embajadores. Carlos, pensando entonces solamente en su expedicion á Argel, no hizo sino eludir lo mejor que pudo las quejas. El marqués del Vasto negaba obstinadamente la culpabilidad que el rey de Francia le atribuía en el delito. Mas de las indagaciones que sobre tal suceso hizo Guillermo Du Bellay en el Piamonte, y del juicio de la opinion pública, dado que no resultase probado el cargo, tampoco salia el del Vasto libre de vehementes sospechas (2).

Sirvióle de todos modos este acontecimiento al rey Francisco para procurarse aliados contra el emperador, aunque con tan escasa fortuna, que de todos los soberanos y príncipes cuya ayuda solicitó, solo le respondieron los reyes de Dinamarca y Suecia, que por primera vez se iban á mezclar en las contiendas de los dos formidables rivales, y el duque de Cleves, que disputaba al emperador el pequeño ducado de Güeldres, y á quien Francisco, para mas ligarle, casó con Juana, hija del que seguía llamándose rey de Navarra (junio, 1541). La malhadada expedicion de Carlos á Argel, en ocasion que el turco, aliado del francés, se hallaba pujante en Hungría, ofrecia al parecer la mejor coyuntura á Francisco para emprender la guerra, pero detívole sin duda una enfermedad que entonces le sobrevino, producida por sus desarreglos y estragadas costumbres. Ello es que al regreso del emperador de su calamitosa jornada de Argel, fué cuando el rey Francisco hizo ostencion de su poder, presentando á la vez cinco ejércitos que en aquel espacio habia preparado. Uno, mandado por su hijo Carlos, duque de Orleans, debia operar en el Luxemburgo; otro, al mando del delfin Enrique, debia marchar por Rosellon hácia las fronteras de España; el tercero, á cargo

(2) Hist. di Venetia.—Du Bellay, Memoir.—Jovio, Hist., lib. XL.—Robertson, libro VIII.—Sandoval, en su deseo de salvar de tan terrible cargo al emperador y á su general, dice que «hubo en este negocio, como en todos los demás, diversos juicios en el mundo, mas ya hasta que venga el general no se sabrá la verdad del hecho.» Libro XXV.

del mariscal de Güeldres, Martin Van Rossen, era destinado al Brabante; el duque de Vendome, Antonio de Borbon, habia de conducir el cuarto á los Países-Bajos, y las tropas del Piamonte las encomendó al almirante Annehault, que acababa de reemplazar en la privanza del rey al condestable Montmorency que tan grandes servicios habia hecho á la Francia.

Vemos, pues, á Francisco I, no obstinado como otras veces en arrojarse con todo su poder sobre el Milanésado, objeto antiguo y perenne de su ambicion, sino formar un plan general de ataque á los dominios imperiales partiendo del centro y derramándose sobre la circunferencia. El resultado de esta nueva combinacion no correspondió sino muy imperfectamente al tiempo que se habia tomado para prepararse, á la grandeza y aparato del esfuerzo, y á las circunstancias en que se hacia. En el Piamonte tomó Du Bellay por astucia algunas ciudades. En Flandes todas las fuerzas y todas las bravatas de Van Rossen y del duque de Cleves con su ejército de alemanes se estrellaron contra la firmeza de Amberes y de Lovaina. El duque de Orleans fué quien se apoderó de Luxemburgo y de casi todo el condado de Brabante. Pero habiéndose vuelto á Francia, dejando por gobernador al duque de Guisa, no bien habia regresado á aquel reino cuando el príncipe de Orange se puso sobre Luxemburgo, recobró todo lo que habian tomado los franceses y acabada aquella empresa revolvió contra el de Cleves, desoso de vengar en él el daño que Brabante habia recibido (1542).

Por lo que hace á la frontera de España, el delfin, que habia venido al Rosellon con cuarenta mil hombres, no se dió tanta prisa como hubiera necesitado para coger á Perpiñan desprevenida, y dió tiempo al emperador para pedir y recoger fuertes auxilios de gente y de dinero de los aragoneses, para que de Castilla le acudiesen muchos señores con sus banderas, para que el duque de Alba abasteciera á Perpiñan de vituallas y municiones y pusiera en ella un buen presidio. Con eso, aunque el delfin llegó á ponerse cerca encontró ya una resistencia que no habia esperado: y al cabo de algun tiempo de inútiles tentativas, viendo por otra parte que los auxilios que aguardaba del turco no venian; que el hambre y las enfermedades iban diezmando sus tropas, y con noticia que tuvo de que el emperador en persona se dirigia al socorro de la ciudad, levantó el campo y se volvió á Montpellier donde estaba el rey su padre (1). De este modo, despues de tan inmensos preparativos, y en una ocasion en que tan quebrantado parecia estar el poder del emperador con el desastre de Africa, estuvo lejos el rey Francisco de recoger el fruto de tan costoso esfuerzo, ni de corresponder á la expectacion en que habia puesto á la Europa entera.

Uno y otro monarca emplearon el resto de aquel año y el inmediato invierno en prepararse á nuevas campañas, y en levantar tropas y en buscar aliados, dispuestos á sacrificarlo todo menos sus odios y sus rivalidades. Francisco fiaba, y en ello puso todo su ahinco y empeño, en que el turco se decidiera á ayudarle poderosamente, volviendo el mismo Soliman en persona á Hungría y avanzando por tierra hácia los dominios del imperio, mientras Barbaroja con la armada turca plagaria otra vez el Mediterráneo y abasteciera las costas de Sicilia y aun de España. Carlos, despues de fortificar y proveer las fronteras españolas, señaladamente las plazas de Fuenterrabía, Perpiñan y Salsas, y de escribir á todas las ciudades y á todos los señores del reino para que se apercebiesen á acudirle con todo género de servicio como buenos y leales (2), trató por medio de sus embajadores en Roma y puso el mayor conato en ver de reducir al pontífice á que se decidiera á entrar en la liga contra el francés, siquiera por el escándalo que daba á la cristiandad en aliarse para daño de ella con los infieles. Encerrado Paulo III en su sistema de neutralidad entre ambos monarcas, temiendo por otra parte romper con el francés, no fuera que exasperado se apartara de la obediencia á la Santa

(1) Du Bellay, Memoir.—Sandoval, lib. XXV, núm. 15 á 20.—Robertson, lib. VII.—Córtes de Monzon de 1542.

(2) Carta del emperador á las ciudades, prelados, grandes y caballeros del reino, dándoles cuenta del estado en que las cosas se hallaban y reclamando sus servicios. De Madrid á 28 de enero, 1543.

Sede como el de Inglaterra, no obstante que la mayoría de los cardenales opinaba que debia declararse al rey de Francia por enemigo comun y privarle del título de Cristianísimo, no se determinó á complacer á Carlos; el cual, desabrido del poco agradecimiento del pontífice despues de haberle dado su hija Margarita para su nieto Octavio con Novara y otras tierras, expidió una pragmática para que ningun extranjero pudiese obtener en España pension ni beneficio, cosa que iba directamente contra el papa.

A falta de este aliado, buscó el emperador á Enrique VIII de Inglaterra, que ofendido de la amistad del francés con el rey Jacobo de Escocia, gran enemigo de Enrique, se reconcilió fácilmente con el emperador é hicieron los dos un tratado de alianza (febrero, 1543), por el cual convinieron en exigir á Francisco que abandonara su amistad con el turco, que pagara á Enrique las sumas que le adeudaba, que devolviera á Carlos la Borgoña y suspendiera toda hostilidad contra él, so pena de invadir ambos la Francia, cada cual por su lado, con respetable ejército (3). Esta confederacion de Carlos con un monarca protestante disgustó mucho al pontífice y fué generalmente murmurada. Creemos, no obstante, que tampoco podia hacerse un cargo justo al emperador, por mas que fuese el representante y el campeón del catolicismo, como dijimos acerca de los tratos con Barbaroja, puesto que se trataba de resistir al francés, que titulándose cristianísimo no reparaba en llamar contra él las armas de los infieles, ni escrupulizaba en poner en peligro toda la cristiandad, provocando y atrayendo sobre ella armadas y ejércitos mahometanos.

Con esto determinó el emperador ir personalmente á Italia y Alemania para oponerse al poder del turco, que era el mas formidable. Nombró regente y gobernador de estos reinos al príncipe don Felipe, de edad ya de diez y seis años, que acababa de ser reconocido y jurado heredero y sucesor del trono, asistido de los consejos del cardenal Tavera: encomendó el despacho de los negocios al secretario imperial Francisco de los Cobos; dió al duque de Alba, don Fernando de Toledo, el título y cargo de capitán general de los reinos de Aragon y Castilla (1.º de mayo, 1543); tomó cuatrocientos mil ducados que las córtes de Castilla le otorgaron por servicio ordinario y extraordinario; recibió prestada una cuantiosa suma del rey don Juan de Portugal sobre la conquista de las Molucas; se incorporó en Barcelona al príncipe Andrés Doria que le esperaba con sus galeras, y embarcándose en aquel puerto con ocho mil veteranos españoles, mil que tomó en Perpiñan, y setecientos caballos, en cuarenta y siete galeras y mas de cuarenta naves, arribó á Génova (fin de junio, 1543), y se hospedó en el palacio de Doria, donde concurrieron á visitarle el marqués del Vasto, don Fernando de Gonzaga, Cosme de Médicis, duque de Florencia, y Pedro Luis Farnesio, hijo del papa y padre de Octavio (4).

Necesitando todavía mas dinero, y no viendo ya manera de sacarlo de sus esquilgados señoríos de Italia, contrató con Cosme de Médicis retirar las guarniciones que conservaba en Florencia y en Liorna, y dejárselas libres por la suma de ciento cincuenta mil ducados, quedando de este modo el de Médicis dueño de dos plazas, que por ser tan importantes eran llamadas los grillos de Toscana (5), y tan agradecido que puso en ellas guarnicion de españoles y tudescos, con lo cual no dejó de disgustar á los italianos.

(3) Rimer, Føder. XIV.

(4) Minutas de diferentes despachos y consultas del emperador en Madrid y otros lugares de Castilla y Aragon, relativamente á aprestos y disposiciones de armamento y defensa de las fronteras y costas, etc.—Archivo de Simancas, Estado, leg. núm. 419.—Cartas y consultas del príncipe don Felipe, consejos, presidentes, ciudades, corregidores, prelados, grandes y toda clase de personas sobre el apresto, fortificacion y defensa de las costas y fronteras, y armamento de gente de guerra, provisiones y demás negocios de esta clase.—Item, sobre la armada de Barbaroja y la francesa, escrito todo al emperador.—Archivo de Simancas, Estado y Castilla, número 60.

(5) Baldini, Vita di Cosme Medici.—Era tal la falta de dinero en Italia, que el marqués del Vasto se veía imposibilitado de obrar por temor de que se le rebelaran sus tropas, á las cuales debia muchos meses de sueldo.